

Nadie podrá olvidarte, Monsi

No puedo ni quiero pensar que en mi próximo viaje a México no vea a Carlos Monsiváis. Desde que lo conocí en los años 70, además de verlo en comidas o encuentros más o menos multitudinarios (aquellas comidas divertidísimas e interminables en casa de Vicente Rojo y Alba, o de Margo Glantz, con Sergio Pitol, Tito Monterroso y Bárbara Jacobs, Luz del Amo, Luis Prieto y el joven Juan Villoro), ya se había convertido en un ritual tener un largo encuentro mano a mano los dos, o mejor dicho Lali y yo con Carlos, y pasar revista a la situación cultural y política de México (y también de España, para saciar su formidable curiosidad). Encuentros que se repetían en sus visitas a Barcelona. Desde hace años estaba obsesionado con el narcotráfico, antes de que la virulencia del conflicto llegara al estallido cotidiano de las matanzas a mansalva, la truculencia de las cabezas cortadas.

México sin Monsiváis: una explosión de dolor, intelectual y popular, ha recorrido su país. Un reconocimiento unánime a quien se había convertido en la conciencia crítica del país, en su portentoso cronista, enfrentándose lúcidamente a todos los conflictos y problemas. Una postura ética y política, siempre alerta, al lado de los “humillados y ofendidos”, pero sin esquematismos ni acatamiento a ningún dogma ni extravío. Así no dudó en alejarse de Fidel Castro, Hugo Chávez o el Subcomandante Marcos cuando lo creyó necesario, ni de López Obrador, a quien apoyó antes de la deriva culminada en el equivocadísimo “plantón” en el corazón del DF. Curiosamente, el propio López Obrador ha declarado tras su muerte que “Monsiváis es el intelectual más consecuente y honesto de nuestros tiempos. Siempre estuvo al lado de las causas justas”.

Homenajes fúnebres: se le ha llamado “Quijote de la izquierda”, “la conciencia de México”, “maestro de la crónica y el ensayo implacable con todos”. Y se ha subrayado también su humor corrosivo, sus indagaciones enciclopédicas en la cultura popular, su rechazo ante cualquier forma de solemnidad, su independencia radical.

Jorge Volpi ha escrito: “Su obra personal apenas existe, o más bien se concentra en todo aquello sobre lo que opina”. Y tiene en gran parte razón, pero ello se ha traducido en incontables opiniones en foros, debates y miles y miles y miles de páginas escritas, recogidas sólo muy parcialmente en forma de libros (que por otra parte son una cincuentena). Para muchos, ahora huérfanos, la primera reacción ante cualquier interrogante, cualquier conflicto era preguntarse e indagar en “¿Qué piensa Monsiváis al respecto?”. Paz y Monsiváis, como es bien sabido, fueron durante décadas algo así, para

los mexicanos como los dos oráculos, dos polos muy a menudo enfrentados, desde el respeto y el aprecio. Un Octavio Paz que afirmó que Monsiváis era en sí mismo “un nuevo género literario”.

El dolor de México se ha manifestado de forma nunca vista ante la muerte de este intelectual insurrecto ya desde su juventud, tras la matanza de estudiantes en la plaza de las Tres Culturas en 1968. Un espíritu insurrecto que nunca le abandonó.

Anécdotas personales entre una carta de Pitol (1971) y un mail de Monsiváis (febrero de 2010). Sergio Pitol y yo nos hicimos muy amigos en Barcelona, donde residió a caballo de los años 60 y 70. Partió luego hacia Inglaterra y el 28 de agosto de 1971 me escribió desde Londres una carta en la que me dice: “Me encontré aquí con que varios escritores latinoamericanos estaban enterados del concurso de ensayo patrocinado por tu editorial, pero no conocen las bases. ¿No me las podrías enviar para pasárselas a un amigo? Creo que uno de ellos (Carlos Monsiváis) está escribiendo algo interesante sobre novela. Aquí, en el King’s College, donde leyó algunos capítulos me dijeron que era formidable.”

El deseo de Sergio y mío no se pudo satisfacer hasta el 2000, cuando ganó el Premio Anagrama de Ensayo con Aires de familia: tres décadas dedicadas a la Busca y captura de Carlos Monsiváis, según reza el título de un texto que le dediqué y lo dificultoso que resultó extirparle un manuscrito (Carlos era muy reacio a la publicación de sus libros, ponía también imposibles dificultades a los editores extranjeros empeñados en traducirle, etcétera, etcétera). Por cierto, los lectores españoles que desconocían a Monsiváis quedaron estupefactos ante Aires de familia. El resumen podría ser: “¿Cómo es que desconocíamos a este escritor genial?”.

A partir de entonces dediqué casi otra década a intentar persuadir de nuevo a Monsi. Y, tras muchas esquivas y dilaciones, le propuse y aceptó publicar, en 2007, con el excelente título de Las alusiones perdidas, su discurso de recepción del Premio de la FIL en la Feria de Guadalajara, junto con la presentación de su gran amigo José Emilio Pacheco.

La última vez que vi a Carlos fue en diciembre de 2009 en dicha Feria de Guadalajara. Aunque ya había tenido problemas recientes de salud, parecía recuperado y animoso. “Me alegró verte y con buen aspecto”, le escribí a mi regreso a Barcelona. Y el 23 de febrero de 2010 recibí un email inopinado en el que me decía: “Después de sostener parte de la industria farmacéutica, creo que me encuentro en condiciones de estabilidad azarosa pero tranquila. Aquí en México, supongo que lo mismo pasa en España, una

situación económica desastrosa, agravada por una ofensiva de la derecha y del clero esperpénticas. He debido participar en el debate sobre el matrimonio gay, un tema que no me decía nada pero que me ha llegado a importar muchísimo por la reacción de la derecha y del papa, que se ha coronado a sí mismo con una frase: “El matrimonio homosexual pone en peligro a la Creación” [...] Yo he publicado un libro de crónicas locales, Apocalipstick, que transcurre como todos los libros ahora en México, sin críticas pero con amigos que te dicen: ‘Leí tu libro, es formidable, pero no me acuerdo de qué se trata.’ Me gustaría, si el proyecto te interesa, convertir en un ensayo largo Las alusiones perdidas, que merece, creo, una indagación mucho mayor.”

Me alegró y me sorprendió muchísimo, claro, habida cuenta de su conducta habitualmente tan reacia. Pero poco después lo hospitalizaron y a través de nuestros amigos comunes (Pitol, Margo Glantz, Villoro) fui sabiendo de la gravedad irreversible de su estado de salud. Una interpretación posible de este mail: una despedida en clave de humor negro, muy Monsi. Te echaré tantísimo de menos.

Jorge Herralde